



La pobreza tiene rostro de mujer

Por Rafael Eugenio Lara¹

El nuevo rol de la mujer es ser cabeza de familia y para sobrevivir una mayoría recurre al trabajo informal, sin financiamiento, ni seguridad social



Su cuna fue un carretón al que su mamá clavó dos reglas de madera y colgó una hamaca para acurrucarla, mientras salía a las calles en la venta ambulante del día en Managua, la capital de Nicaragua.

“Me crié en un carretón, según me contó mi mamá y las personas que se acuerdan de ella”, rememora quien a los 7 años también debió salir a vender a las calles y a los 13 tuvo su primer hijo, producto de abuso sexual sufrido durante su faena.

Doña Emelina, quien pidió que protejamos su identidad por la situación que sufrió, nos dijo que tiempo después se casó. Actualmente tiene 51 años y procreó diez hijos, siete de los cuales aún están con vida, a los que sacó adelante con los ingresos de su negocio denominado informal, que puede ser con la venta ambulante en las calles, la venta de productos en sus propios hogares y pequeños negocios con participación familiar.

“Nunca fui a una escuela. Una señora me enseñó a leer, escribir y las matemáticas básicas”, nos comenta, agregando lo duro que fue para ella cargar con la crianza y educación de sus hijos, con tan bajos ingresos y principalmente después que su marido falleció en 1990.

Su día comienza desde las 4:30 de la mañana en el barrio Rubén Darío, atiende a su hija de 24 años, la única que vive con doña Emelina. Joven que padece de ataques epilépticos y por ello su mamá debe estar atenta a sus cuidados médicos antes de salir.

Luego prepara su venta compuesta de caramelos, galletas, cigarrillos y frutas. Saca su carretón, su banquillo, una sombrilla, y emprende el diario camino para montar su negocio a orillas de la vía, en la esquina de un restaurante capitalino ubicado frente al mojón del kilómetro 4 de la carretera norte de la capital.

Por diez años ha ocupado ese sitio, pero con la edad y tantas agotadoras jornadas, las enfermedades no se hicieron esperar. Actualmente padece de diabetes e hipertensión, con malestares que se agudizan con el ardiente sol del verano que puede llegar a los 38 grados centígrados, o las fuertes lluvias del invierno, además del humo tóxico de los miles de vehículos que pasan frente a ella. Recientemente padeció de orzuelo, una infección en la base de las pestañas por el ambiente de suciedad en el aire que la llevó al hospital. Por esto dejó de vender por cuatro días. Cuatro días sin el sustento diario.

Mujeres jefas de hogar

Virginia Meneses, en representación de la Red de Mujeres contra la Violencia, señala que en el país no existe una política sistemática para focalizar y erradicar la pobreza.

“La mayor parte de la pobreza la sentimos nosotras porque encabezamos nuestras familias como madres solteras, muchas sin educación y con pocas probabilidades de empleo. Las mujeres buscan trabajo y no encuentran, por lo que caen en la labor informal. Así es que nos hemos hecho responsables de la situación para poder sobrevivir”, indica Meneses.

Alega que la pobreza significa falta de educación y falta de alimentación para los hijos. “Las mujeres trabajamos y usamos el dinero principalmente para nuestros hijos o el sustento de la familia. Luego, viene la segunda jornada al cerrar el día, pues la esperan los quehaceres domésticos después de las horas laborables en la calle”.

Según el informe 2009 de la Organización Internacional del Trabajo sobre “Impacto de la crisis mundial en el mercado laboral de Centroamérica y República Dominicana”, señala que el modelo tradicional de hombre proveedor y mujer cuidadora, dio paso al doble proveedor (hombre y mujer) y las familias cuyos jefes del hogar son mujeres, donde ella es la única proveedora.

“Uno de los hechos más destacables en las últimas décadas ha sido el aumento de los hogares liderados por mujeres, que en algunos países como Nicaragua representan casi el 40 por ciento del total. Esta incorporación de la mujer a las actividades productivas no ha venido acompañada, sin embargo, de un reparto entre hombres y mujeres de las tareas reproductivas. De esta forma, las mujeres han continuado haciéndose cargo del cuidado de los niños o niñas, enfermos y adultos mayores, y del resto de tareas domésticas, a la vez que se han incorporado al mercado de trabajo, convirtiéndose de esta forma en trabajadoras de doble jornada”, se expresa en el documento.

Indica también que en el mercado laboral formal las mujeres presentan una menor tasa de participación, tienen mayores tasas de desempleo y una segregación laboral que las ubica en empleos precarios y mal pagados.

El trabajo independiente

Adrián Martínez, secretario general de la Confederación de Trabajadores por Cuenta Propia, adscrito al Frente Nacional de los Trabajadores, comenta que ellos son 1 millón 377 mil personas en trabajo independiente, de una población económicamente activa de 2 millones 168 mil 4 en Nicaragua.

Significa que el 65 por ciento de la población económicamente activa está en la calle, con pocas alternativas para desarrollar labores complejas en cargos fijos. En Managua, sólo en el área urbana hay 163 mil trabajadores independientes, de ellos sólo 17 mil están

organizados, obteniendo capacitaciones y haciendo convenios con las municipalidades para regular su labor. Uno de los puntos más positivos de esta organización es que sus miembros están comprometidos con enviar a sus hijos a estudiar diariamente.

“Efectivamente las condiciones de trabajo son sumamente precarias y el problema comenzó con el programa de ajuste económico implementado en la década del noventa, que envió a gran cantidad de empleados a la calle y estos comenzaron a valerse por sí mismos, ya sea en pequeños tramos callejeros en los mercados o de forma ambulante para tener un ingreso de sobrevivencia”, comentó Martínez.

Para las que tienen suerte de tener condiciones laborales estables, según los datos estadísticos del informe 2009 de OIT, las mujeres dominan las ocupaciones del sector servicio. En el área doméstica representan el 89 por ciento, en servicios comunales, sociales y personales son el 64.9 por ciento. En el comercio, restaurantes y hoteles conforman el 50.8 por ciento de las personas que laboran, seguidos de la industria manufacturera.

Según el presidente nicaragüense Daniel Ortega Saavedra, en un discurso del 2 de febrero del 2010 durante la inauguración de un complejo textil mexicano, en Nicaragua hay 71 mil 452 trabajadores en zona franca industrial, de estos 41 mil 724, aproximadamente el 58.5 por ciento, son mujeres.

Sin ayuda

Marta Mojica es otra de las mujeres que debe sobrevivir a través del trabajo informal. Nacida en el barrio Santa Rosa de Managua y a sus 35 años, nos cuenta lo difícil que ha sido para ella sobrevivir con tres hijos y sin apoyo de su esposo.

Su drama comienza a los 3 años de edad, Quedó huérfana de su mamá, quien murió durante la revolución de 1979 junto a su tía y una hermana. Su padre no se hizo cargo y ella,

Según informe (2009) del Centro Nicaragüense de Derechos Humanos, Cenidh, las mujeres están “expuestas a la exclusión de la seguridad social en lo que se refiere a cobertura, protección social y vulnerabilidad, ya que el 67 por ciento de las pensiones son pagadas a hombres, mientras que las mujeres únicamente son beneficiarias del 32 por ciento de las mismas”.



sus hermanos y sus primas también huérfanos, fueron a vivir con su abuela. Después el gobierno de ese entonces les designó una pensión paupérrima que no resolvía para alimentarlos a todos.

En medio de esa incertidumbre, a sus 16 años creyó haber encontrado el amor, sin embargo quien sería su compañero de vida se convirtió en una pesadilla y una carga.

“No tuve apoyo del papá de mis hijos. No sé porqué nunca me ayudó, ni estuvo conmigo en los momentos difíciles, ni siquiera en los alegres. Mi relación con él no era buena. Había mucha violencia doméstica, con daños tanto físicos como verbales”, expresa.

Narra que con él vivió casi 20 años y lo más difícil del día era cuando regresaba de trabajar, pues comenzaban las discusiones la exigirle dinero para la comida.

“Ambos vivíamos bajo el techo que heredé de mi mamá, pero no teníamos relación como pareja. Muchas veces me golpeó y en una ocasión me amenazó con un cuchillo. Trató de herir a mi hermana y a mí. Tuvo intenciones de sacarme de mi hogar, pero no lo logró. Después era yo quien le decía que se fuera, pero no quería. Mi marido era vicioso y en sus locuras siempre pensaba cosas malas y nunca miró en mí a una mujer luchadora. Yo trabajaba y compartía mi comida cuando él no trabajaba, y si encontraba un trabajo en la zona franca o en los mercados, rara vez daba algo para el hogar. Lo hacía sólo cuando quería”, asegura.

Mojica comenta que desde el inicio de su relación marital ella comenzó a trabajar. Lo hizo lavando y planchando. Después vendía bolsas de agua helada, luego ropa interior y ropa en el Mercado Oriental, considerado el centro comercial al aire libre más grande y variado de Centroamérica, con más de 9 mil comerciantes en 84 manzanas de terreno.

